

na, donde supone que existen unas rocas ó cuevas, de las cuales salen algunas veces tan extraordinarios insectos. Estamos persuadidos de que ningún gerundense podrá oír esa peregrina noticia sin que asome á sus labios la risa que suele provocar la expresión de una barbaridad supina, como la que soltó el escritor citado. Porque ¿quién ha visto jamás esas cuevas ó rocas ni tiene conocimiento de la existencia de tan raros y discretos moscardones, que en aquella celebre ocasión respetaron á los habitantes de Gerona para cebarse solamente en las sacrílegas huestes de aquella extraña cruzada?

Preciso es, pues, dar crédito al milagroso suceso que acabamos de referir, y reconocer en él un duro pero merecido castigo de Dios, aplicado á los salvajes autores de la horrenda profanación trasmitida y comprobada por el testimonio de tantos y tan verídicos autores.



CAPITULO XII

Patrocinio de San Narciso

Después de cuanto queda reseñado acerca de San Narciso, especialmente en los dos últimos capítulos que preceden, nadie puede maravillarse de que los gerundenses le hayan distinguido en todos tiempos con singular y profunda veneración, reconocidos al decidido y eficaz patrocinio que el Santo en todos los siglos ha venido dispensándoles. Algunos autores, y entre ellos el P. Relles (1), han pretendido poner límites á esa viva devoción, suponiéndola nacida de la resonancia que en todas partes tuvo el prodigioso suceso de las moscas, que acabamos de referir, y de la misma verdad y evidencia de tan raro acontecimiento. No negaremos que esa notable circunstancia pudiese contribuir, y realmente contribuyese, al aumento de aquel natural afecto de los hijos de Gerona y aun

(1) *Hist. Apologet.* lib. 2, cap. XVI.

á la propagación del mismo en otras regiones de España y de otros países más lejanos; pero es lo cierto que los gerundenses en especial amaban y rendían profunda veneración á nuestro glorioso Santo ya muchísimo antes de aquella poderosa manifestación de su patrocinio. Y cierto que motivo no les faltaba; porque el hallazgo de su sagrado cuerpo y la maravillosa integridad con que Dios se había servido distinguirlo, eran motivo más que suficiente para que se le tuviese en la estima y veneración debidas. Prueba de ello es, entre otros valiosísimos testimonios, la afirmación del obispo Berenguer Wifredo, consignada dos siglos antes en su carta tantas veces citada, donde asegura el ilustre Prelado que en Gerona se venía á la sazón celebrando cada año con gran solemnidad la fiesta del Santo: *ejus festivitas á nobis annualiter solemniter studio celebratur.*

Que esta ardiente devoción de los gerundenses hácia su Santo Patrono se extendió y ha venido perpetuándose á través de los siglos, lo prueba de una manera indubitable el anhelo con que en todos tiempos se ha procurado ensanchar su culto y fomentar su veneración, construyéndose en su honor ricos altares y magníficos sepulcros, que á la vuelta de algunos siglos se han reputado todavía pequeños y pobres, erigiéndose en seguida otros, hasta llegar á la construcción de la es-

pléndida capilla, artístico altar y riquísimo sepulcro en que actualmente se le venera y que en Capítulo aparte describiremos, por merecerlo esa verdadera joya del arte cristiano. Y es que los hijos de Gerona han reconocido siempre en San Narciso un generoso protector constantemente dispuesto á interceder por ellos ante el Señor de cielo y tierra. En medio de las tremendas pruebas por que ha debido pasar la ínclita Gerona en el curso de los siglos, ya con ocasión de las guerras y duros sitios que se ha visto obligada á sostener y que le han merecido en la historia el calificativo de inmortal, ya por razón de las horribles pestes que han diezclado estas comarcas en no pocas ocasiones, ya también por causa de terribles tormentas que repetidas veces ha descargado el cielo sobre la ciudad y sus alrededores, siempre han podido los gerundenses experimentar el valioso favor de su excelso Patrono.

Los libros que tratan de este glorioso Santo contienen muchas páginas ocupadas por narraciones de sucesos extraordinarios y hechos maravillosos en que la piedad y buen criterio de nuestros antepasados reconoció siempre la poderosa intercesión de San Narciso en favor de toda la ciudad unas veces, y otras en favor de determinadas personas, que en sus infortunios han acudido devotas y llenas de fé al dulce patrocinio del insigne Már-

tir de Cristo. No tratamos de reproducir aquí todas aquellas interesantísimas relaciones, por no hacer interminable este capítulo; pero no sabríamos dejar la pluma sin consignar siquiera dos de los principales sucesos que vienen en corroboración de cuanto acerca del patrocinio de nuestro Santo venimos afirmando.

En la noche del 9 de Enero de 1581, el cielo se había encapotado con apiñadas y siniestras nubes, y levantándose furioso vendabal, estalló sobre la ciudad de Gerona una de las tormentas más horribles de que se tiene memoria. Los relámpagos cruzaban el aire en todas direcciones; el fragor de los truenos se mezclaba y confundía con el sordo rumor del pedrisco que iban á descargar las nubes, y á cada chispa eléctrica que se producía con espantable frecuencia entre el nublado y la tierra, el estallido de la detonación hacía retemblar los edificios, como si la ciudad fuese á hundirse al encontrado choque de los elementos. La tempestad siguió desplegando su furia por largo espacio de tiempo, y hácia la media noche cayó con formidable estruendo un rayo sobre la torre de las campanas de la iglesia de San Félix, y desmochó más de cuatro metros la elevada aguja central en que terminaba, dejándola truncada á la altura en que se ve todavía. Los fragmentos de aquella esbelta cúpula ca-

yeron sobre las casas vecinas al templo y algunos sillares fueron arrojados á gran distancia, llegando alguno de ellos hasta el vecino pueblo de San Daniel (1). A vista de tan grave peligro, acudieron muchos al templo para implorar el favor de la divina clemencia, por intercesión de San Narciso, siendo los primeros que allí llegaron dos canónigos de aquella Colegiata que encendieron algunas velas y abrieron el sepulcro del Santo. Entonces los fieles allí presentes fueron testigos de un prodigio que les dejó á la vez estupefactos y consolados en tan dura angustia: el santo cadáver, que tiene las manos cruzadas sobre el pecho, tenía en aquel instante los brazos levantados, como en ademán de implorar la clemencia del cielo, como así lo refieren, entre otros autores, los citados padres Roig y Relles, añadiendo este último que en tan maravilloso suceso reconocieron todos el valioso patrocinio de nuestro glorioso Tutelar, y que á la mañana siguiente se fué á dar noticia de ello al Ilmo. Obispo Fr. Benito de Tocco, quien dispuso que se hiciese constar en forma auténtica el referido prodigio en la Curia de este Obispado.

El otro hecho con que queremos poner

(1) En el archivo parroquial de San Félix existe un curioso documento relativo á este terrible siniestro. Lo continuamos en el Apéndice, núm. 4.

de relieve el valioso favor de San Narciso para con sus hijos los gerundenses, es la repetición del famoso milagro de las moscas, durante el sitio que Gerona hubo de sostener contra los franceses en el año 1653. La monarquía española, que había logrado el apogeo de su esplendor en los gloriosos reinados de Carlos I y Felipe II, comenzó á descender hácia el período de su decadencia en los subsiguientes reinados de los Felipes III y IV, merced á la corrupción de la corte, fomentada por la inepticia de estos dos últimos monarcas. Mientras el último de ellos malgastaba miserablemente el tiempo y los caudales del reino en inútiles fiestas y devaneos, su orgulloso y petulante valido don Gaspar de Guzmán, conde-duque de Olivares, empuñaba neciamente las riendas del gobierno, y su desastrosa política iba conduciendo el Estado al borde del abismo de su descrédito y funesta ruina. Las cristianas y tradicionales libertades de que gozaban las distintas regiones españolas y á las que se debía el esplendor y pujanza de tan floreciente monarquía, viéronse inicuamente amenazadas por el estúpido absolutismo de ministros negociantes, que quisieron fundir en un mismo molde, para mejor explotarlas, las energías de los pueblos y medir con igual rasero su peculiar administración, iniciando el funesto sistema de ese centralismo absorbente que fue comienzo

de la desmembración y achicamiento del estado más extenso y poderoso de aquella época. Rebelóse Portugal y sacudió definitivamente la dominación española; rebelóse Nápoles, y su revuelta costó á España tesoros de sangre y oro; encendióse la guerra con Holanda, y perdimos miserablemente las Provincias Unidas, que, con la paz de Múnster, hubieron de reconocerse como estados soberanos y países libres; y, para coronamiento de tan desgraciada obra, los desaciertos y brutalidades del Conde de Santa Coloma, don Dalmacio de Queralt, digno representante del inmoral despotismo del Conde-duque, pusieron á Cataluña en la precisión de levantarse en legítima defensa de sus venerandos fueros, ferozmente atacados por la necia omnipotencia del favorito de un rey que estaba muy lejos de ser el padre de sus vasallos. Con este motivo, invadieron el Principado catalán los tercios castellanos, que cayeron sobre él como hordas de salvajes, saqueando pueblos, devastando territorios y profanando templos, sin respetar la honra ni la hacienda de los mejores súbditos del rey de España.

Sangrienta fué la lucha que se entabló entonces entre castellanos y catalanes, y tan mala parte llevaron estos en la contienda, que se vieron obligados á aceptar el auxilio con que les brindó el rey de Francia

Luis XIII, quién llegó á tomar el título de Conde de Barcelona, en virtud de un tratado propuesto por el ilustre canónigo de Urgel D. Pablo Claris y concluído en 3 de Abril de 1641, después del cual envió á Cataluña tropas que invadieron el Rosellón y de buena ó mala fé (que acerca de eso hay mucho que pensar y decir) tomaron la defensa de los catalanes contra las depredaciones de los tercios de Castilla.

La guerra fué generalizándose en todo el Principado, y durante el largo período de doce años, se trabaron en él frecuentes luchas, sangrientos combates y repetidos asaltos á diferentes poblaciones, acentuándose cada día más el odio profundísimo que Francia profesaba á la casa de Austria. Bien pronto pudo verse en todo ese juego político la maquiavélica mano del cardenal de Richelieu, consejero y valido del rey de Francia, quien no tanto se había propuesto la defensa de los catalanes, como la satisfacción de su ambiciosa rivalidad contra la dinastía entonces reinante en España; y esto, al par que llegó á quebrantar un tanto el ánimo de los hijos de Cataluña, fué el primer elemento de salvación de la causa de Castilla en estas tierras. Muerto Richelieu en 1643, tuvo un digno sucesor en el cardenal Julio Mazarino, y éste continuó la obra de su antecesor, llevando su ambición á tal extremo, que los ca-

talanes acabaron por ver claro el juego de los enemigos solapados de España, y antes que seguir siendo auxiliares de la ambición francesa, prefirieron inclinarse á la obediencia y sumisión á su natural soberano, que por otra parte no cesaba de dirigirles y reiterarles promesas de clemencia y protección, á que por fin se acogieron.

Entre tanto, las tropas castellanas iban empujando hácia la frontera á los ejércitos franceses y reduciendo los pueblos del Principado al dominio de Felipe IV, que casi habían logrado sacudir por completo; pero Francia no quiso darse por vencida; y sus tropas, á las que se agregaron algunos catalanes vulgarmente llamados migueletes, acaudillados por José Margarit, entraron de nuevo por el Ampurdán en 19 de Junio de 1653, y comenzaron á reconquistar algunos puntos de donde habían sido desalojados, decidiéndose por fin á caer sobre la ciudad de Gerona, con objeto de apoderarse de ella. Este nuevo movimiento de los franceses y la campaña con él emprendida, acabaron de desprestigiarlos á los ojos de los catalanes, porque, si los tercios castellanos habían cometido crímenes y profanaciones al principio de la guerra y durante ella, no fueron menores los desmanes que perpetraron los franceses en esta nueva invasión. Por esto Gerona, amenazada, trató de defenderse, y